

Vía libre

El Colegio de Sonora y sus 30 años

Álvaro Bracamonte Sierra*

La rutina con frecuencia nos priva de fijarnos en la belleza de las cosas inmediatas y cercanas a nuestros afectos. Nos acostumbramos a ellas como lo hacemos también con lo grotesco, lo feo, lo antiestético. A quienes trabajamos en El Colegio de Sonora suele pasarnos con la hermosa arquitectura de la antigua casona que lo alberga y con prácticamente todas sus instalaciones. No reparamos en ella: su belleza la tomamos como dada. Pero no siempre fue así; a principios de los años ochenta del siglo pasado era sólo una vieja mansión que se adaptó para fundar un centro de investigaciones.

Esta semana EL COLSON cumple 30 años de vida; en el curso de esas tres décadas sus bellas instalaciones han sido testigo de la transformación institucional. Nació, como lo hacen casi todas las creaciones humanas, titubeante, temerosa y cauta ante una sociedad que con frecuencia se mostraba hostil frente al poder del conocimiento. Sin duda, aquel año de 1982 es uno de los más luminosos para la cultura y la ciencia en la entidad, pues casi al mismo tiempo surgieron otros centros de investigación y florecieron los programas de posgrado. Sin estas casas de estudio la historia reciente de Sonora habría sido otra; seguramente menos favorable.

La ciencia, la tecnología y el conocimiento en general constituyen los ejes de la sociedad moderna. Existe suficiente evidencia empírica que demuestra que invertir en ello incrementa el ritmo de crecimiento de la economía y eleva la calidad de vida de las personas. El apoyo a una agenda científica propicia la toma de decisiones informada, lo que evita el desperdicio de recursos. Creo que ese papel lo ha jugado eficientemente El Colegio en sus tres décadas de vida. Sus egresados se han incorporado a las instituciones de educación superior, o bien al sector público; la obra publicada por sus investigadores es material de consulta obligada para determinar las estrategias de desarrollo de Sonora o para intervenir adecuadamente u ofrecer soluciones a la problemática social.

Muchos obstáculos tuvieron que ser superados para conseguir el reconocimiento que hoy posee la institución. Al inicio se pensaba que era una un capricho del gobernador en turno y no una decisión visionaria de quien sabía que en las ciencias estaba el futuro. Los gobiernos siguientes recelaron de la pertinencia de una institución especializada en las ciencias sociales. La asfixia presupuestal y múltiples desaires caracterizaron por años la relación con la autoridad estatal. Pero El Colegio supo navegar en aguas turbulentas y dar resultados útiles. Nadie pone en tela de juicio que actualmente es un actor indispensable del quehacer académico en el campo de las ciencias sociales; es además un interlocutor acreditado con el Estado y con otras instituciones académicas, al tiempo que sostiene un diálogo permanente y una interacción continua con la ciudadanía en general.

Puede afirmarse, sin rubor, que en el 2012 El Colegio es una institución consolidada y socialmente pertinente; que está preparado para enfrentar un mundo en constante e incierta transformación. Esto, que se dice rápido, es el resultado de años de trabajo; es un mérito que debe acreditarse a la fructífera labor de todos y cada uno de los miembros que pertenecen a la comunidad colegiana. Se debe al compromiso que en su momento tuvieron sus fundadores, quienes en medio de la hostilidad supieron empuñar bien el timón y navegar en la tormenta.

El maestro Gerardo Cornejo fue pieza central en el nacimiento; Jorge Luis Ibarra, actual secretario de Educación y Cultura, aportó su grano de arena como rector que fue entre 1999 y 2003; el doctor Ignacio Almada y la doctora Catalina Denman, auténticos académicos, tuvieron la virtud de ensanchar las fronteras institucionales y sentar las bases de la consolidación. En esa trayectoria la administración actual encabezada por la doctora Gabriela Grijalva no ha desentonado.

Pero los verdaderos protagonistas son los profesores que, en la soledad de sus cubículos, estudian, interpretan y generan propuestas de solución para los grandes problemas de Sonora y de México. Lo son también los ya cientos de estudiantes que quemaron sus pestañas en largas horas de vigilia; los trabajadores manuales y administrativos quienes con afabilidad contribuyen a hacer de El Colegio el mejor lugar para laborar. Igual mérito

tienen muchos que ya no están en la institución y que tuvieron un papel medular en distintas épocas; destaco a Lian Karp (†), José Carlos Ramírez, Rocío Guadarrama, Ernesto Camou, Maren Von der Borch, Víctor Reynoso, Óscar Contreras; a Don Cande (†), a Bertha Navarro, Mariana Castillo, Coyito y muchos más. A todos, gracias y enhorabuena por estos 30 años de trabajo fecundo.

*Profesor-investigador del Centro de Estudios de América del Norte de El Colegio de Sonora. Correo electrónico: abraca@colson.edu.mx